Dei legatione ad angelos fungebatur. Fundándose en estas palabras, aseguran los *centuriadores* que, San Ireneo se dejó arrastrar por un horrible fanatismo. Y ¿en qué consiste este fanatismo? En que los *centuriadores* no saben que los *ángeles* de quienes habla aquí San Ireneo, no son los ángeles del cielo, sino los descendientes de Seth, á los cuales, por mandato de Dios, predicó el justo Enoch la necesidad de la conversion y las penas de los pecadores. Los *centuriadores*, con toda su crítica protestante, no pudieron comprender que San Ireneo no habla de una predicacion hecha á los ángeles del cielo, sino á los hombres que moran en la tierra.

6.° San Ireneo no entendia bien la lengua hebrea. Por esto, cuando necesita esplicar la significacion etimológica de ciertos nombres hebreos, suele hacerlo con poca exactitud. En el Lib. 2.°, cap. XLI, esplica mal, por ejemplo, el nombre Jesus. En el mismo libro, capítulo LXVI, dá una mala esplicacion del nombre Adonai.

En el Lib. 5.° se muestra algo inclinado al *milenarismo*. De esto hablarémos en otra ocasion.

En el Lib. 2.°, cap. XXXIX, dice que Jesucristo murió á los cuarenta ó cincuenta años de su edad. Este es un error que no puede concebirse. Lo contradicen todos los cálculos cronológicos.

CAPÍTULO V.

Tertuliano.

1.° Tertuliano era de Cartago. Su padre fué un centurion romano, y en sus primeros años se dedicó á la carrera del foro. Poseia un talento muy claro, una imaginacion brillantísima y una admirable energía en sus raciocinios. Su carácter era tenaz y vigoroso, y su elocuencia irresistible. En todo era más inclinado al rigor que á la indulgencia. Era severo consigo mismo, y queria serlo con todo el mundo. Sus costumbres eran puras, su fé exaltada y su moral sumamente rígida. Disgustado del paganismo, por su corrupcion y su falsedad, se dedicó á estudiar la vida de los cristianos y concluyó por entrar en la Iglesia. Convertido á la verdadera fé por la constancia y la caridad de los primeros mártires, ya cristiano, estudió con profundidad las ciencias sagradas, y ascendió al sacerdocio. Su

celo y su elocuencia, convirtiéndolo en el espanto de los gentiles, le granjearon inmensa autoridad entre los fieles. Publicó muchas obras en defensa de la religion y en daño del paganismo. Habia leido mucho á San Justino y á San Ireneo, y expone y amplifica, con éxito admirable, sus principales argumentos en favor de la fé católica. Tertuliano, sin embargo, tenía grande originalidad, tanto en sus ideas, como en su manera de expresarlas. Empleó muchos argumentos inventados por él. Respecto á su estilo, solo diremos que aparece encubierto con una brillante rudeza, que lo torna á la vez en terrible y en agradable. Tertuliano confundió á los herejes de su siglo; fué causa de que muchos incrédulos se convirtiesen á la fé católica, é infundió valor á no pocos cristianos para que alcanzasen la palma de la perseverancia enmedio de los más numerosos y más horribles tormentos. Tertuliano, sin embargo, á la edad de cuarenta años, empañó todas sus glorias con una horrorosa apostasía. Se llenó de vanidad y de soberbia. Quiso ser colocado en los primeros puestos de la Iglesia. Creyó que en Roma no se recompensaban pronto y con justicia sus merecimientos, y por esto y solo por esto, se llenó de indignacion, se dejó arrastrar por la violencia de su carácter, quiso vengarse y perdió la fé. Se ha dicho que Proclus, con su artificiosa elocuencia, lo hizo caer en la secta de Montano. No creemos en esta *conversion*. Tertuliano no fué vencido por los sofismas de Proclus, sino por su propio despecho. Se separó bien pronto de los montanistas, y fundó una secta especial que llevó su

nombre. Murió Tertuliano sin reconciliarse con la Iglesia el año 216 de la era cristiana. Sus discípulos continuaron enseñando y propalando sus errores hasta los tiempos de San Agustin, en los cuales fueron extinguidos casi por completo.

2.° Tertuliano ha sido muy respetado en la Iglesia. A pesar de su caida, sus obras son citadas y estudiadas por los más notables teólogos de todos los siglos. San Cipriano lo leía asíduamente y lo llamaba el *Maestro*, como para indicar el gran respeto que le tenía. El célebre Vicente de Lerins afirma que las palabras de Tertuliano son *sentencias y victorias*. San Gerónimo sin embargo lo declara enemigo de la Iglesia, y San Epifanio lo coloca entre los hereges. En esto no hay contradicion ninguna. Tertuliano publicó muchos libros antes y despues de su caida. En los primeros se encuentra siempre la sana doctrina. En los últimos, al lado de cosas muy buenas, se hallan muchos y muy lamentables errores.

Las obras que compuso Tertuliano antes de su apostasía, son las siguientes: Los libros de *La Oracion*, *De las Plegarias*, *Del Bautismo*, *El Apologético*, *Los Tratados de la Paciencia*, *La Exhortacion al Martirio*, el libro *Ad Scapulam*, *El Testimonio del Alma*, *Los Tratados de los Espectáculos y de la Idolatría*, y el libro de *Las Prescripciones*. Las obras compuestas despues de su caida, ó manchadas con sus errores, son: *Los libros contra Marcion*, *Los Tratados del Alma, de la Carne de Jesucristo, y de la Resurreccion de la Carne*, *El Scorpiaco*, el libro *De la Corona*, el *Del Palio*, el *Tratado contra los Judíos*, los

Opúsculos contra Praxeas y Hermogenes, los libros *De la Pudicicia y de la Fuga de la Persecucion*, los *De los Ayunos*, *La Monogamía y La exhortacion á la Castidad*; todas estas obras, repetimos, están llenas de monstruosos errores.

La edicion de las obras de Tertuliano que hemos consultado, es la que se hizo en Venecia en 1746. En esta edicion se halla el *Tratado de la Trinidad*, que algunos atribuyeron á San Cipriano y otros á Tertuliano, y que como demuestra San Gerónimo fué escrito y publicado por Novaciano. En este tratado se expone la verdadera doctrina de la Iglesia acerca del misterio de la Santísima Trinidad. Es un gran documento de la tradicion primitiva, por haber vivido su autor en la primera mitad del siglo III. En la citada edicion de Venecia se halla el *Tratado de Cibis Judaicis*, que tampoco es de Tertuliano. Se encuentran tambien cinco libros *contra Marcion*, escritos en verso. De la misma manera, hay varios otros opúsculos en verso, como los poemas del *Juicio del Señor*, *Del Génesis y de Sodoma*, *De Jonás y Nínive*, que ó no son de Tertuliano como creen muchos críticos, ó es preciso convenir en que Tertuliano fué tan buen prosista como mal poeta.

3.° La persecucion decretada por el emperador Severo al comenzar el siglo II, llenó de afliccion á los cristianos. Con el fin de ver si hacía cesar la persecucion, y de demostrar cuán injusta era, publicó Tertuliano su *Apologético* en el año 202 de nuestra era.

Se ignora si publicó este libro en Roma ó en Cartago. Lo cierto es que *El Apologético* puede considerarse

como la mejor y más brillante entre todas las antiguas apologías del cristianismo. Tertuliano se dirige siempre en esta obra á los perseguidores, es decir, á todos los que en aquel tiempo gobernaban en las provincias del imperio. Los argumentos están expuestos con gran lucidez y suma viveza. Parecen un contínuo apóstrofe.

Necesitamos dar á conocer *El Apologético* con algun detenimiento. «Yo repruebo, dice, la injusticia de condenar á los cristianos, sólo porque llevan este nombre, sin oirlos, sin conocerlos y hasta sin permitirles defensa. Si nosotros somos criminales, ¿por qué no nos tratais como á todos los demás criminales? ¿Por qué no nos permitis la defensa? Los cristianos son los únicos en quienes no se conoce ni aun el derecho de escusar sus faltas ó probar su inocencia. Hasta se ha prohibido la formacion de procesos contra nosotros. Sólo se trata de condenarnos. No se quiere ni aun averiguar si somos ó no delincuentes. Todos recordais la respuesta de Trajano á Plinio, pro-consul del Asia. Le manda que no haga diligencias para buscar á los cristianos; pero que los castigue si los encuentra. ¡Qué absurdo! Si somos culpables, ¿por qué no se nos busca? Y si somos inocentes, ¿por qué se nos castiga? Nuestro crímen no consiste pues en que existamos sino en que seamos conocidos. Procedeis contra nosotros de una manera extraña. Sujetais á los delincuentes al tormento para que confiesen sus crímenes, mientras á nosotros nos dais tortura para obligarnos á negar nuestra fé, ó lo que vosotros considerais como nues-

tro delito. Vuestros tormentos no se nos aplican para que digamos la verdad, sino para convertirnos en hipócritas y obligarnos á manifestar lo que no sentimos. Vosotros creeis que un cristiano, sólo porque es cristiano es enemigo de los dioses, de la moral, de la naturaleza, de las leyes y del imperio. La palabra cristiano llega á vuestros oidos como el conjunto de todos los crímenes. Y sin embargo, nos dais tormentos para que neguemos lo que es verdad y lo que á vosotros os parece un tremendo delito. (Cap. II.)»

«El odio á nuestro nombre llega hasta el punto de obligarnos á negar y aun á despreciar lo bueno que hay en nosotros. Si una esposa antes prevaricadora, se hace cristiana, enmienda su vida y corrige sus costumbres, su marido, si es gentil, deplora la virtud de su mujer por odio á la religion que la obliga á cumplir con todos sus deberes. Un padre vé que su hijo se torna en honrado y virtuoso haciéndose cristiano, y por odio á la fé de Jesucristo, lamenta más la conversion que antes lamentaba los vicios. Un dueño de esclavos prefiere ser mal servido, con tal que no sean cristianos los siervos que posee. No se quiere ni aun el bien por aborrecimiento al cristianismo. (Cap. III.)»

En los caps. IV y V, examina Tertuliano las leyes que autorizan la persecucion, y demuestra que no son justas, que no son convenientes, que deben reformarse como se reforman todos los dias cien otras leyes del imperio. «Hay en Roma una antigua ley que prohibe rendir culto á ninguna divinidad sin la aprobacion

del Senado. Tiberio, habiendo tenido noticia exacta de los milagros de Jesucristo, quiso colocarle en el número de los dioses. Al intento pidió y no obtuvo el permiso del Senado. Consultad la historia. Ella os dirá que Neron fué el primer perseguidor del cristianismo. Nos honramos con contar á este hombre entre nuestros enemigos. Domiciano comenzó tambien á perseguirnos; pero desistió bien pronto de su criminal empeño. Los buenos emperadores nos dejan en paz. Por el contrario, los mismos á quienes vosotros llamais malvados, son los que nos persiguen.

»Marco Aurelio dá testimonio de la lluvia que obtuvieron los cristianos con sus oraciones para apagar la sed que devoraba al ejército romano en Alemania. ¿Qué leyes pues son esas, que no son ejecutadas, sino por los malos emperadores? ¿Qué leyes son esas que Trajano ha eludido en parte, prohibiendo buscar á los cristianos; que Adriano no ha querido cumplir; que Vespasiano no aplica; que en fin ni Pio ni Vero han querido emplear en nuestro daño? Añádase á esto que las leyes sobre religion son tan mal observadas como todas las demás en el imperio romano. Las ceremonias extranjeras de Serapis y de Baco han sido admitidas despues de haber sido rechazadas.» (Capítulo VI.)

«Se nos acusa de asesinar á los niños, de cometer incestos y de alimentarnos con carne humana. ¿Dónde están las pruebas de esta horrorosa acusacion? La verdad es, que se nos imputan á nosotros los crímenes que cometen nuestros mismos acusadores. En Africa

007062

se han inmolado públicamente niños sobre los altares de Saturno; y Tiberio quiso corregir este mal, crucificando á los sacrificadores en los árboles mismos que rodeaban sus templos. Los soldados que han estado en Africa dan testimonio de esta verdad. Todavía se hacen en secreto estos sacrificios impíos. Los mismos padres llevan sus hijos al sacrificio y los alhagan para que no griten al ser inmolados. En las Galias se degüellan los hombres en honor de Mercurio. En la misma Roma hay un dios Júpiter cuyos altares se riegan con la sangre de los hombres, sacrificados en su honor. Vosotros pues soy los reos de los sacrificios humanos.

»Nosotros, lejos de beber la sangre de los niños, no queremos ni aun alimentarnos con la sangre de los animales. Vosotros teneis los labios manchados con la sangre de los niños que os habeis bebido, en los momentos mismos en que imputabais vuestro crímen á los cristianos.» (Caps. VII y IX.)

«Los dos principales cargos que se nos dirigen se fundan en suponernos enemigos de los dioses y del imperio. Nosotros, es verdad, hemos dejado de adorar á vuestros dioses, porque nos hemos convencido de que es falsa su divinidad. Todos vuestros dioses han sido hombres. Han sido convertidos en dioses despues de su muerte. ¿Quién les ha dado esta divinidad? Ellos no la tenian y por lo tanto no podian dársela. ¿Hay algun Dios superior que se la haya dado? ¿Tenia necesidad de concedérsela? ¿Por qué méritos se la han concedido? El mundo ha existido antes que Saturno. Los

rayos han caido sobre la tierra sin esperar á que naciese Júpiter. Los campos han producido sus frutos antes que viviesen ni aun que nadie oyese hablar de Baco, de Ceres ó de Minerva. Si Baco es dios por haber plantado la viña, ¿por qué no ha de ser dios tambien Lúculo que hizo traer las cerezas á Italia desde *Cerisus*, Ciudad del Ponto?

»Vosotros direis, que se ha concedido la divinidad á vuestros dioses en recompensa de sus méritos, ¿Cuáles son pues sus méritos? ¿No son todos incestuosos, adúlteros, corruptores, crueles, ladrones y asesinos? Y aunque los supongamos dignos, ¿no hay entre vosotros muchos hombres que son más dignos y más virtuosos que ellos? Si se trata de recompensar el mérito, ¿por qué no habeis dado la divinidad á Sócrates, á Arístides ó Temístocles? ¿Quién hay entre vuestros dioses que sea más prudente que Caton, más elocuente que Ciceron, ó más justo y más esforzado que Escipion el Africano? En lo que se refiere á vuestros dioses, yo no veo más que nombres de muertos y no oigo contar más que fábulas. Y por lo que atañe á los ídolos, no descubro en ellos más que un poco de materia inerte. ¿Cómo pues podemos ser criminales, no adorando á dioses imaginarios?» (Caps. X, XI, XII. XIII, XIV y XV.

«Vosotros mismos escarneceis á vuestros dioses, colmándolos de ignominia en los espectáculos. Los suponeis reos de intrigas bochornosas y de crímenes abominables. Habeis querido tambien insultar á nuestro Dios, pintándolo como la *cabeza de un asno*. Tácito ha

dado oírgen á esta absurda y sacrílega insolencia. Algunos creen que nosotros rendimos culto á la cruz, mientras otros opinan que el Sol es nuestro Dios. No ha faltado quien tenga la sacrílega osadía de presentar á nuestro Dios en una ridícula caricatura. Os esplicaremos nuestra fé. Nosotros adoramos á Dios omnipotente, criador del cielo y de la tierra. Vosotros mismos, siguiendo el impulso de la naturaleza, confesais la unidad de Dios cuando no estais preocupados con vuestro errores idolátricos. Vosotros soleis decir ¡gran Dios! ¡Dios lo quiere! Hablais instintivamente de un Dios; no de muchos dioses. Esto es un testimonio del alma que es naturalmente cristiana. Además, cuando invocais á Dios, no mirais al capitolio, sino al cielo.

»Nosotros conocemos á este Dios, por medio de la revelacion que él mismo nos ha hecho. El ha dado su espíritu á los apóstoles para que prediquen su doctrina en todo el mundo. Nosotros sabemos que Dios ha creado el cielo y la tierra; que ha dado leyes al universo y ha manifestado su voluntad á los hombres. Sabemos que Dios juzgará cuando llegue el fin del mundo á todos los hombres para recompensar con la vida eterna á todos los que le sirven y castigar con el fuego eterno á los que han despreciado su santa ley. Todos los hombres resucitarán en el último dia. Nosotros mismos nos burlábamos antes de esta doctrina. Yo era antes pagano.» (Caps. XVI, XVII y XVIII.)

En los caps. XIX y XX habla Tertuliano de los milagros y de las profecías y de los libros del Antiguo Testamento, cuya autenticidad no puede ser ni aun

puesta en duda, teniendo en cuenta que la confiesan los mismos judíos tan encarnizados enemigos de los cristianos, y que se conserva todavia en el templo de Serapio con el original hebreo, la traduccion hecha por órden de Tolomeo Filadelfio.

Los judíos agradaban en lo antiguo al Señor por la fé y la virtud de sus antepasados. Mientras se han conservado en la gracia de Dios, su nacion ha sido grande, poderosa y floreciente. Cuando por el contrario se han apartado de Dios, han perdido su trono, su templo y sus sacerdotes; han sido desterrados de su patria, y se ven obligados á vagar errantes por todo el mundo. No pueden volver á su pais ni aun como extranjeros. Una profecía de Jesucristo les anunciaba este tremendo castigo.

Nosotros creemos en el Verbo, que es el Hijo de Dios, Dios mismo, por la unidad de la sustancia en la divinidad, Dios es espíritu. Cuando el sol lanza un rayo de su luz, su exencia no se divide, sino que se extiende. Del mismo modo el Verbo es espíritu de un espíritu, y Dios de Dios. Lo que procede de Dios es Dios é Hijo de Dios, y los dos tienen una misma exencia. Son distintos en personas, no en exencia, en órden, no en naturaleza.

Este Verbo tomó carne en las entrañas de una Vírgen, nació hombre unido á Dios. Este Hombre-Dios es Cristo.

Tertuliano enseguida refiere cómo los judíos persiguieron á Jesucristo, y cómo Jesucristo dió pruebas de su divinidad aun en los momentos mismos de su

muerte. Refiere todas las circunstancias de la Pasion, y al llegar á las tinieblas que cubrieron la tierra en medio del dia, dice que esto no fué un eclipse natural, y que constá en los archivos de los mismos emperadores. Respecto á los emperadores asegura que hubieran creido en Jesucristo si para ello no hubieran necesitado renunciar á la iniquidad y al despotismo (capítulo XXI).

En los caps. XXII y XXIII señala el orígen de las falsas religiones, esplica la naturaleza de los malos espíritus, y demuestra cuánto hacen por lograr la eterna muerte de los hombres.

En el cap. XXIV, despues de referir lo que son los demonios, y como ellos mismos confiesan que no son dioses, Tertuliano se expresa en estos términos. «Queda demostrado que son falsas vuestras divinidades. ¿Cómo, pues, considerais como un delito el no quemar incienso sobre las aras de dioses que no son dioses? Cada provincia, cada pueblo y aun cada aldea de Italia, tiene sus propios dioses. Todo el mundo puede adorar al ídolo en quien cree. Solo á los católicos se les niega el derecho de adorar al verdadero Dios.» Despues refuta el absurdo error de los que creen que la grandeza del imperio romano era debida á la proteccion de los dioses.

En los caps. XXVIII, XXIX y XXX, rechaza Tertuliano el cargo que se dirigia á los fieles, considerándolos como enemigos del emperador. «Nosotros, dice, no adoramos al emperador, porque sabemos que no es Dios. No oramos por él á los ídolos, porque sabemos que los ídolos son estátuas muertas que no pueden conceder gracia ninguna. Pero oramos por la persona del emperador al Dios eterno y verdadero, al Dios vivo y omnipotente que escucha nuestras plegarias y puede llenar nuestros deseos. Nosotros, con la cabeza descubierta, con los brazos extendidos y clavando los ojos en el cielo, hacemos oracion por los emperadores, pidiendo á Dios que les conceda una vida larga, un reinado pacífico, seguridad en su palacio, valor en sus soldados, fidelidad en los senadores, probidad en el pueblo y tranquilidad en todo el mundo. ¿Qué más podemos hacer?»

En los capítulos XXXI, XXXII, XXXIII y XXXIV, cita los preceptos de Dios que nos mandan orar por las legítimas potestades, obedecer sus leyes y no conspirar nunca contra ellas. Además, dice Tertuliano, que él tenía razones especiales para orar por la conservacion del imperio. Creia que con esto retardaba el fin del mundo. «Yo, dice, pasando á otro asunto, no juro por el génio de César, porque los génios son demonios. No llamo dios al emperador, porque no sé mentir y porque le respeto mucho para burlarme de él. Le llamaré señor cuando á esta palabra no se le atribuya una significacion idolátrica.»

En el cap. XXXV examina una cuestion de grande importancia. «Vosotros, dice á los gentiles, quereis honrar al emperador con escandalosos crímenes y repugnantes bacanales. Nosotros, por el contrario, lo honramos con la oracion, con la virtud, con la sobriedad y la modestia. No cubrimos las puertas de nues-